

EL
BANCO NACIONAL

RÉPLICA
al SIGLO de Montevideo

POR

ÁNGEL FLORO COSTA
ABOGADO



50.001



Luis Melian Lafinur

80.409

BUENOS AIRES

Imprenta RURAL, calle de Belgrano número 101

1874

IN MEDIO VERITAS

Señor Doctor Don Julio Herrera y Obes,

MI QUERIDO AMIGO:

Después que hube terminado mi réplica al «Siglo») y al ordenar los borradores para hacerlos poner en limpio, encontré que había escrito algo más que un folleto, casi un libro.

Supuse entonces que para evitar errores de imprenta, que yo no podría salvar desde aquí, y que, tratándose de números y cantidades, son siempre inevitables, sería conveniente que yo mismo lo hiciera imprimir en esta, lo que á la vez de facilitar la publicidad de mi réplica en las columnas del «Siglo,» que generosamente me has brindado, me permitiera obsequiar á algunos amigos de esa y de esta, á quienes puede interesar la cuestión, con algún ejemplar de ella.

Pero un libro pequeño en tales condiciones, que al fin no es otra cosa que un producto destinado al comercio intelectual de las ideas, he creído que no debía atravesar *el mar* sin estar *asegurado* y debidamente *consignado* como va cualquiera otra mercadería.

Tero dónde encontrar *el asegurador* á quien *consignarlo* ?

Por lo que hace *al seguro* tú puedes comprender que no me habría arredrado *prima* alguna, por alta que

fuese, á trueque de salvar los *riesgos* de la crítica, y saber de antemano que podria contar con la indulgencia de mis compatriotas.

Pero desgraciadamente para mi, el progreso moderno no ha inventado aun este género de compañías, y he tenido que resignarme á los azares de la empresa.

En cuanto al *consignatario* eso ya es otra cosa y me he acordado de tí.

Te dignarías aceptar esta pequeña consignación ?

Si asi fuese, la falta del *conocimiento* puedes darla por suplida con la *dedicatoria* que de ¿1 te iiago, sintiendo un verdadero placer en poder retribuir con algo al amigo que fué el último que estreché en mi brazos, cuando víctima de la mas negra injusticia de parte de algunos de mis compatriotas y correligionarios políticos, regresé de esa, ahora cinco años, para Buenos Aires.

Jamás he olvidado esa prueba relevante de amistad, cuyo recuerdo he conservado siempre en mi corazón, donde la gratitud arde siempre con llama duradera é incstinguible.

Pero aparte de la deuda de amistad al dedicarte este pequeño trabajo, me guia un propósito que, sin estar exento de egoísmo, lleva un sello mas elevado y patriótico—aspiro á que confraternizemos en ideas.

Perdona mi vanidad en obsequio al móvil altamente patriótico que me inspira.

Ignoro como piensas en esta cuestión, en la que no por ser *director político* del « Siglo » considero debe al-

canzarte la solidaridad de las ideas económicas de su redacción.

Mas de una de vez he visto que sus redactores han estado en disidencia, por lo que no seria extraño que lo estuviesen en esta cuestión.

Yo me felicitaria de ello, porque el país no podria menos de ganar mucho con un apóstol de tu talla y que tanta fuerza hace al triunfo de las ideas que profeso.

Pero si asi no fuera, yo te exhorto á que medites con despreocupación y con calma sobre la magnitud del gran pensamiento económico de que es eco mi pobre trabajo, yendo á beber en las mismas fuentes en que yo he bebido, y que tanto han modificado mis antiguas convicciones.

Si tu razón no es rebelde á las cifras y á la elocuente enseñanza de la historia, yo casi estoy seguro de que bien pronto hemos de formar en las filas de una misma idea, y que al mirarnos uno á otro, nos ha de causar sorpresa el tiempo que hemos tardado en abandonar nuestros antiguos errores, los cuales hemos de deplorar no por nosotros sino por la patria á la que uno y otro nos proponemos servir.

La cuestión Banco Nacional no es solo para mi una gran cuestión económica entre nosotros, sino una gran cuestión de Estado.

Podré ser un visionario, un fanático, lo que se quiera, pero yo estoy íntimamente persuadido que no hay en la actualidad una cuestión mas trascendental para mi país—mas íntimamente ligada á su prosperidad y progreso que ella.

Un país sin crédito, quiero decir, un país en que el

crédito está en su infancia, es como un bajel de marcha pesada y con velas.

Yo quiero que blindemos su casco y le pongamos una poderosa máquina de vapor.

Creo que el Banco Nacional es esa máquina que va á dar vida al crédito^ actividad á la circulación monetaria; facilidad á la industria*, movimiento á los capitales ; grandes estímulos al ahorro de todas las clases.

Los bancos privados, conservando su sobriedad, no han vivificado jamás el crédito ni pueden vivificarlo, por lo mismo que su propia honorabilidad y decoro les impone el deber de ser parcós y mesurados en todo.

Cuando faltan á ella, el menor contratiempo, la menor perturbación en el mercado, los pone en el caso de insolvencia y al borde de una bancarrota.

Ellos por otra parte, no están, ni pueden estar en el caso de ser otra cosa que auxiliares del gremio comercial, y nada puedan hacer por el gremio civil y productor tan importante en todo país como lo es el primero.

El banco nacional es el único que en todas las épocas puede presentarse armado con la confianza general, y por lo mismo, ayudar eficazmente al crédito privado y conceder prudentes liberalidades, imposibles de concederse por los bancos privados, cuyas exigencias en todo tiempo están en razón directa de las exigencias y desconfianzas del público para con ellos.

Estas, mi querido Julio, son verdades prácticas que no hai comerciante alguno que no las comprenda y las

- O -

conliesc, y que causa asombro no sean mas familiares á los hombres de letras, llamados por su posición y sus luces á regir los destinos de un país.

El valor de una *teoría*^ ha dicho Marey, *depende del número de los hechos que abraza*; la del Banco Nacional está en este caso, y tú veras en mi réplica imperfecta, demostrada con cifras su importancia y trascendencia relativamente al sistema universalraente repudiado hoi, de los *bancos libres de emisión*.

Cuando yo rae pongo á meditar recojido en mi mismo, loque seria mi patria si yo pudiera arrancar de raices, en una noche de insomnio, el Banco de la Provincia de esta, con toda su pésima organización y sus defectos, y transportarlo á esa seguido de la confianza general de todo el pueblo, como un cometa luminoso de su larga cola, créeme, las cifras, los cálculos se agolpan á mi mente, y veo centuplicado nuestro movimiento industrial y comercial.

Entre tanto, cuál es la realidad actual que nos separa de ese ideal ?

Según las noticias que yo tengo y á estar á los clamores de la prensa de esa, falta ahí el medio circulante que cada dia lo hacen mas escaso las emigraciones del oro, como consecuencia del tráfico internacional-, la conversión de los billetes; el incremento de la producción y las necesidades de las transacciones.

Esa falta, que es la que mantiene sin convertirse aun y á la par en la circulación los billetes de los antiguos bancos, tiene que mantener necesariamente alto el interés y aletargado el crédito -el interés alto y el eré-

dito restricto, es *la, clorosis* económica de todo pueblo comercial y productor.

Hé ahí nuestro estado permanente-, arrastramos una vida enferma que puede llegar á ser fastuosa y brillante en la capital, adonde como en las mejillas del enfermo suelen algunos tintes sonrosados darlas apariencias de la salud, pero que en la campaña, donde tiene que notarse mayor falta aun del medio circulante y de crédito, necesariamente tiene que ser completamente *anémica*.

No lo dudes entonces, querido Julio, el remedio de nuestro enfermo tiene que ser reconstituyente, un poderoso *neurosténico*., como lo llaman los hijos de Esculapio, algo que active su circulación para que esta vivifique los órganos y devuelva el vigor y la salud—y el desarrollo del crédito llevado por medio de una circulación abundante y activad todos los extremos del país, no puede emanar de otra institución que de la de un gran Banco Nacional, formado con capitales del pueblo y del Estado y protegido por el Estado—y que haga al pueblo y al Estado *solidarios* de su engrandecimiento, de su estabilidad y su suerte.

Es en esta solidaridad misteriosa, en la que reposa la fortuna de Inglaterra, y la prosperidad de Buenos Aires.

Los partidarios intransigentes de los bancos libres han olvidado siempre este gran fenómeno, de cuyo estudio prescindan, y sin embargo, él es para mi el secreto de las tuerzas que actúan en estas sociedades y que son de todo punto desconocidas é ignoradas por los pueblos que ni siquiera consienten en ensayarlas.

De todos modos, Uds. están frente á frente de un problema que demanda una seria y pronta solución.

Los hechos entre nosotros no han respondido al ideal que se forjan los partidarios de los *bancos libres de emisión*.

Ellos no han conseguido levantar el crédito entre nosotros á la altura que se encuentra en otros países, y es menester que la vanidad nos ciegue mucho para desconocer esta verdad—O van Uds. directamente á la implantación de la doctrina de Carey como la proclama la redacción del «Siglo», que es y ha sido el caos y la bancarrota en todas partes, ó se plegan á la doctrina de la unidad de la circulación fiduciaria y por consiguiente á la idea del Banco Nacional.

No hay un tercer sistema posible; no hacer nada y dejar las cosas como están, conociendo ya sus males, ni es patriótico ni acreditaría en los hombres que rijen los destinos del país la sabiduría y prudencia de los hombres de Estado.

Esta cuestión, como decía en mi primera carta, no es de romancescas teorías, ni tampoco de arrojar el ridículo sobre el adversario, sino de hechos y de teorías científicas que los expliquen.

Yo al combatir los bancos privados de emisión, doi la razón económica de sus inconveniencias, apelo al testimonio de la historia de países mas adelantados que el nuestro para justificar su repudio, al mismo tiempo que me esfuerzo en abundaren razones para justificar los grandiosos é innegables resultados de los bancos de Estado.

Tengo derecho por lo mismo de reclamar á los que

me refutan, que me expliquen ala luz de sus teorías, el *desarrollo contraproducente que en ambas orillas del plata evidencian instituciones de crédito emanadas de escuelas distintas*—en suma, porque es que este país, como la Inglaterra, como la Francia, como la Bélgica, como Estados Unidos, deben su progreso á los bancos privilegiados asi como estos sus desgracias y sus perturbaciones á los Bancos libres.

Si no miente la historia, fuerza es convenir que la teoría sana de la verdadera ciencia bancaria, la única que han acreditado y prestigiado los hechos, no es la que proclamaba la escuela de Carey ahora 30 años, sino la que ha proclamado la escuela de Peel, de Gladstone de Woloswky en la actualidad.

Convencido de ello, he acometido una tarea superior acaso á mis fuerzas: la de pugnar por una idea cuyo desprestigio entre nosotros no tiene para mi otra razón plausible, que las antipatías que inspira en esa á ciertas pretendidas autoridades en la ciencia económica, que todavía no han justificado con hechos el alto puesto que en ella pretenden ocupar.

Pero esto no basta, vive Dios, para que una idea que ha merecido la sanción del mundo entero y que ha puesto el lauro académico de la ciencia sobre la frente desús sostenedores, sea entre nosotros objeto de escarnio.

¿No habrá algo de ignorancia en el fondo de todo esto? ¿No habremos pecado todos de demasiado crédulos y dóciles ala voz de ciertos oráculos, que acaso no tienen otro mérito que el de habernos precedido unos cuantos años en el camino de la vida y habernos

hecho escuchar los primeros de sus labios el lenguaje sagrado de la ciencia?

Tal vez.

La influencia de los maestros sobrevive siempre á los mismos recuerdos de la escuela, y cuando no hacemos de una materia dada un objeto especial de estudio, la creemos siempre agotada con la posesión de algunos principios áulicos que la imaginación fecunda de nuestra raza meridional desenvuelve y parafrasea mas tarde de todos modos, con ese engreimiento peculiar del talento académico, que todavía no ha tenido tiempo de estudiar en la práctica de la vida ó en la escuela de las grandes sociedades^ la exactitud é inflexibilidad de ciertos principios, para fijar sus ideas y consolidar sus convicciones.

La frase *libertad de bancos* ha sonado bien en nuestros oídos, porque nos ha parecido armónica de nuestros principios políticos.

Las palabras *monopolio* y *privilegio*^ nos han causado horror, porque se nos ha edacado exagerando en nosotros la aversión instintiva que á todo hombre libre inspírala prepotencia injustificada.

Yo mismo, recuerdo que una vez en mis delirios de joven, discutiendo como estudiante, llegué á considerar el Gobierno de las sociedades *como un mal necesario*.

Nótenla entonces ideas prácticas del movimiento y del progreso social, y como tantos otros, creía injénua y ardientemente, que la /¿¿eríac? absoluta era el remedio de todos los males-, que no habia mas que decretar lateoria para que todos los infortunios é injusticias sociales desaparecieran como por encanto, para que todas

las pasiones encontraran su reposo, y todos los intereses
gi „ivei_yo también he atribuido á la libertad abso-
luta, la virtud quimérica de la lanza de Aquiles.

Pero como todas las imaginaciones ardientes y exal-
tadas, yo olvidaba la cuestión de tiempo —la lentitud
natural—dado nuestro estado social moderno con que
se producen las evoluciones de esta gran ley moral.

Y este era mi error, como es todavía el de los utopis-
tas radicales de todos los tiempos y de todos los países.

Yo suprimía como incógnitas intempestivas la educa-
ción del pueblo, obra de siglos; los instintos; las tenden-
cias y pasiones egoístas de los hombres porque las
desconocía; las preocupaciones y las sofisticaciones,
que explotan con éxito la idea liberal; en suma, todas
esas montañas de obstáculos desaparecían á mis ojos,
ala distancia en que colocaba mi planeta ideal para
recrearme en su contemplación, viéndole bañado de luz,
8Úl nubes, sin asperezas y sin manchas.

Pero bien pronto me apercibí de lo absurdo de seme-
jante utopía. Bien pronto sentí la necesidad de obser-
var los procederes reales de la marcha social del fenó-
meno y habituarme á contar con los obstáculos que
necesariamente detienen su vuelo y las aspiraciones de
las almas nobles y generosas.

El mundo físico ha necesitado millones de años para
encontrar su nivel, y aún todavía sus conmociones sub-
terráneas nos anuncian que no ha encontrado del todo
su reposo.

La geología que es la historia de las tremendas revo-
luciones que han precedido su formación actual, levan-
tando una á una como otros tantos sudarios las capas

de la corteza terrestre, nos muestra todo un orden de niveles que acusan series inmensas de trastornos prehistóricos-, un mundo infinito de combinaciones químicas- de agregaciones y desagregaciones físicas, que al través de miríadas de siglos, obedeciendo á las leyes de la densidad, han soliviantado hasta el espacio los gases que forman la atmósfera, condensado los vapores que forman los mares, y depositado los demás cuerpos sobre la bóveda de granito que recubre el horno de materias en fusión que se agitan en el seno de nuestro astro.

¿Y no ha de necesitar algún tiempo el mundo moral, compuesto de seres que viven y que piensan, donde cada agente no es la molécula efímera é inconsciente del mundo físico, sino el centro, la unidad resultante de las mas grandes, complicadas y misteriosas fuerzas y leyes de la creación?

¿Es que estas fuerzas, en su variedad infinita, obran del mismo modo en todos los hombres, para que la resultante sea en todos idéntica?

Y si no obran, como es posible que no sea arduo, difícil y hasta problemático hallarla regla absoluta del deber en todas las esferas de la actividad humana, que sojuzgue la acción imperiosa de esas fuerzas, que alimentan las pasiones é intereses en el individuo.

La libertad, yo no lo desconozco, es el espacio moral en que debe agitarse la humanidad, pero dentro de ese espaciós menester que se fijen las leyes del movimiento humano, para que sus evoluciones sean armónicas, para que el choque no produzca el desconcierto.

Es por eso que no basta lanzar un individuo, como

á im pueblo, en ese espacio, donde debe encontrarse con otros individuos y otros pueblos—donde su presencia tiene que ejercer cierta influencia y sufrir á su vez la influencia de los demás—sino que es necesario antes fijar reglas á su movimiento, para que este lleve una dirección presta blecida y obedezca á un plan armónico.

Estas reglas son: la educación, la ley civil, la ley política y la ley moral.

Cada una de ellas tiene por objeto moderar nuestros impulsos, iluminar nuestras determinaciones, fortificar la conciencia de nuestros actos—hacer en suma posible el *sélf gohernement*. que cada dia hace mas difícil el complicado mecanismo social y los progresos de la democracia.

Los partidarios de la libertad absoluta, no quieren nada de eso, pretenden que fatalmente, como las moléculas del mundo físico, cada agente humano ha de encontrar su equilibrio; que cada uno, obrando sin trabas ni limitaciones, ha de llegar á la posesión del *self gohernement*; que la esperiencia es supérflua; que la ciencia es quimérica y ficticia cuando no lisongea el absolutismo de esas tendencias; en suma, que está demás la ley y hasta el Gobierno mismo de las sociedades.

Hé ahí donde los conduce la exageración del principio liberal—á considerar un mal todas las reglamentaciones saludables, *como m mal necesario el gobierno.*, como un monopolio y un privilegio ciertas prerogativas necesarias del Estado, tendentes á garantir á la •sociedad contra los abusos de todos.

Yo no pertenezco á esa escuela, que es á mis ojos antirracional, quimérica y absurda.

Quiero la libertad, pero en sus justos límites, porque me he convencido que ella, como todo gran principio, entraña reglas en su aplicación.

Allí donde vislumbro la licencia, el abuso ó la anarquía, me detengo.

No acepto la *libertad de emisión.*, porque considero como Tooke, que es el entronizamiento del abuso, la consagración del desconcierto, la erección en sistema de las perturbaciones económicas, permanentes en la sociedad.

No acepto tampoco la *libertad de estudios.*, porque como ya lo he dicho antes, para mí es la decapitación , de la ciencia, la consagración de la ignorancia, la pa- : tente del charlatanismo. i

Estoi convencido que las ciencias que componen las grandes facultades, que "hacen los sabios, no se pueden adquirir con lecciones particulares ó en cursos libres, sino que es indispensable la enseñanza gradual, los instrumentos, la asistencia puntual alas clases, la severidad de las pruebas, todo un sistema, en fin, de elementos y medios que solo puede dispensarlos el Estado, creando establecimientos *ad lioc.*, de quienes por lo mismo debe ser atributivo conferir los diplomas que acrediten la suficiencia del individuo ante la sociedad.

Los partidarios de la libertad de estudios quieren suprimir todo eso, quieren que cada cual se acredite por sí mismo ante la sociedad; quieren que la sociedad se-aleccione en sus propios errores; quieren que todo el que sea un poco *locuas* y quiera llamarse abogado.

aunque no sepa una palabra de jurisprudencia, lo sea y defienda pleitos-, que todo el que sea bastante audaz y falto de conciencia para esplotar los dolores físicos de sus semejantes y quiera erigirse en médico alópata, hidrópata ú homeópata, lo sea; que el que quiera llamarse ingeniero, agrimensor, escribano, lo sea. Cuando mas, los de algunos escrúpulos se detienen ante un examen mas ó menos riguroso, que casi siempre es el triunfo de los mas osados é ignorantes, y el escollo de los mas tímidos, aprovechados y eruditos.

¿ Qué seria de la ciencia, qué de la dignidad y decoro de las nobles profesiones, el día en que la libertad de estudios decapitase las universidades y sepultase bajo la bóveda del silencio sus claustros sagrados, esos claustros en que los grandes problemas de las ciencias físicas y morales agitan el pensamiento de la juventud y enardecen su alma virgen, inoculando en su espíritu no contaminado aun con las impurezas mundanas de bastardos intereses, las verdades inmarcesibles del progreso, que son la luz que guia á las sociedades en medio de las tinieblas de su ignorancia, morigera sus instintos y dirije PIP fn'niKics pasiones?

\o cu CL40, como en otras muchas cosas, en que he tenido que aprender mucho de la esperienciá, en que he palpado los inconvenientes de la exageración de ciertos principios, aspiro á conciliar la libertad con el orden, con la verdad y con la dignidad humanas; por lo mismo que, en el estado de progreso en que se encuentra la sociedad moderna, no descubro aun esa mágica vn-tud de la lanza de Aquiles, que reclama el

sacrificio de la felicidad de muchas generaciones para ostentar sus misteriosos efectos.

Seriacosa, mi querido JLÜÍO, de escribir un segundo libro, si fuera á desarrollar mis principios para justificarme de las acusaciones que preveo, en falta de buenas razones y de números, han de fulminar algunos contra mis ideas, hasta llamarme retrógado.

Ni lo he sido, ni lo seré jamás, lo que no soi, porque lo he sido antes, es *visionario*^ y exento de ambiciones como estoi y como vivo, sin otro anhelo que el de la ciencia, me inquietan poco las críticas, como me han inquietado poco las calumnias, aun cuando estas hayan procedido de amigos que eran muy caros á mi corazón.

No quiero decir por eso que sea egoísta, ni indiferente á la suerte de mi patria, á la que mucho amo.

Si lo fuera, no robaría algunas horas á ocupaciones que me son muy productivas, para entregarme al estudio de sus problemas.

Edmont About, en su bello libro sobre el Progreso, dice: « que hasta los 28 ó 30 años vive el hombre en la sociedad de crédito; que solo después de esta edad es que comienza á pagar su deuda, convirtiéndose en un elemento útil.»

Esto no sucede á todos los hombres; algunos hay que como tú, por tu inteligencia y tus relevantes cualidades, han estado en actitud de pagarla antes—otros, como me sucede á mí, todavía no la han empezado siquiera á pagar—pero espero hacerlo algún dia en la limitada esfera de mis facultades.

Yo quisiera que los pobres esfuerzos que hago, pug-

nando por una gran idea, en el pequeño trabajo de réplica que te dedico, fuesen siquiera considerados como un pequeño adelanto de lo que debo, y que se me acordasen *moratorias* para saldar el resto.

He creído y creo sinceramente que el camino que apunto es el bueno—que el sistema que rebato, es el erróneo y malo.

Debia condenarme á un silencio antipatriótico, cualquiera que sea mi insuficiencia para tratar una cuestión tan vasta?

He creído que no, porque no quiero cargar sobre mí con la tremenda responsabilidad de dejar de ayudar al bien, cuando estoi convencido donde está y lo que él importa.

Yo no aspiro, ni podria aspirar, á la ejecución de la obra. Eso te toca á tí y á otros que están en tu caso.

Es por eso que anhelo que confraternicemos en ideas, porque no basta removerla por medio de la discusión; es menester llevar el convencimiento á los demás y después obrar y para todo eso me considero impotente.

Mayor que la mía ha de ser entonces la responsabilidad que alcance á los que pudiendo hacer lo que no puedo yo, dejen pasar el tiempo, privando á su patria del mas poderoso instrumento de prosperidad, de que pueden dotarla, de una gran institución de crédito, bajo los auspicios del Estado—de un gran Banco Nacional.

Desea quieras dignarte aceptar la dedicatoria que te hace de este pequeño trabajo, tu compatriota y
"Sólo-
Ángel Floro Costa.